

Greguería Manchega

El parricidio no es matar a una parra,
así como los machistas no son aquellos
que leen a los hermanos Antonio y Manuel.

Budapest

He venido cuando el otoño a Budapest,
dicen que por eso caminando por el parque vi hojas suicidarse.
Al pasear por las calles de techos cableados descubro que alguien olvidó cerrar
la nevera.

Aquí siempre me acompaña el frío.

Al caer la noche ando hasta llegar al río,
ese gigante que refleja la vida y la muerte de una ciudad castigada,
escenario ideal para un suicidio.

Allí me encuentro con la lluvia y con la nieve
compañeras de la poesía que engendra esta ciudad.

Puedo escuchar con ellas, sobre este puente, los gritos de quienes aquí
terminaron ahogados.

A la mañana siguiente vuelvo a cruzar el Danubio
cuando el sol ornamental resurge,
y los poemas que regalaba la oscuridad se cobijan,
transformándose,
por la peculiar inclinación de la luz en estas fechas,
en la fotografía de un turista, retratista de sueños.



Al mismo tiempo.

Un martes cualquiera,
un pescador de Seattle
y un almacenista de cereales portugués
se citaron en Olomouc.

El encuentro acaba de terminar hace escasos minutos.

Ahora sólo queda un cuchillo que fue llamado a tomar el pulso,
y un muerto,
y los muertos no tienen patria,
aunque sí tierra con la que se mezclan,
convirtiéndose en flor,
en páramo,
en sangre,
y de nuevo en patria.

En ese mismo momento Russell discute tomando el té
con un grupo de pánfilos y sicofantas
que no escucharon el cuerpo desplomarse;
Gutierrez Solana comenzaba la tertulia en un café madrileño;
y una persona fea y solitaria en una isla,
sin parar de masturbarse
se emborracha.



Valencia sumergida.

Entre finas calles,
húmedas por dejar varado a un sol nacido de sus playas,
se cobijan adoquín, salitre y tahonas.
Anacrónicos ultramarinos
y viejos talleres se mantienen inalterados
junto a tiendas de diseño.
Restaurantes de menús agrios en su cuenta
cohabitan con el bar de toda la vida.
Y fue también en este lugar
donde una bicicleta nació ya muerta.

Sobre los tejados,
crecen campanarios luchando por la luz
que hacen sonar el cielo.

Aquí se codean gentes trajeadas,
con otras de bolsillo roto;
coches lujosos,
con carros de cerveza.

Subiendo por la calle de la Paz veo
mujeres enjoyadas de dentadura ecuestre.
Saliendo de hacer la compra del Día
están los chatarreros del cobre.
En la plaza redonda:
perros bajo chaquetas escondidos.
Junto a los Santos Juanes:
un mercado de objetos extravagantes.



Como cada lunes,
la parroquia de San Nicolás reúne a beatas,
que entran a misa evadiendo la mirada
de esos que forman ya parte
del paisaje urbano:
el señor tripón de bigote y gorra
que fuma y vende estampitas,
y Teresa,
recostada y llena de lamparones.

Anochece.
Aún cuando todo duerme,
las calles,
casi siempre animadas,
no dejan de recibir a transeúntes.

La plaza que luce a Neptuno entre acequias
colecciona a aquellos que no quieren recogerse,
es como si siempre hubiese allí almas vigilantes
entre guitarras callejeras y despeinados.
No falta alguna que otra pareja
hombro con hombro
como quienes comparten un mismo paraguas,
mostrando en su caminar acelerado,
que no se rinden ante el embrujo de la luna,
sino que por contra,
quieren esperar hasta verla como mengua,
sólo que desde una cama,
castigada por excesos.



Toulouse.

Hay cosas que se pierden a menudo,
y otras que lo hacen irremediabilmente para siempre.

Se puede perder el hambre, la vida, el trabajo, la sonrisa o el tren.
Un amigo, un ojo, una oportunidad, un partido.
El contacto, la pista, el dinero, la confianza.

También existen quienes pierden los papeles,
y otros que se pierden a propósito.

Tarde o temprano todo se pierde,
pero sobre todo
hay cosas que se pierden sólo una vez:
la condición virginal
y a los infatigables abuelos.



Homenaje a Ramón.

Habitante perpetuo de esta villa,
te escribo una carta para madrileñear,
para cumplir el sueño de subir contigo
la coqueta y sonriente
calle de la Montera.

Quisiera decirte en nuestro caminar sobre palabras
que los yesos de balcones que un día viste
llamativamente nuevos
ya han ennegrecido,
que entre las distantes aceras
transitadas sin prisa de tu tiempo
reinan ahora máquinas humeantes
que exterminaron al tranvía.

Te informo asimismo de que siguen viviendo aquí
la Puerta de Hierro y la calle Alcalá
por si quieres ir a verlas,
aunque están desmejoradas.
Del Rastro dicen las malas lenguas que tiene Alzheimer,
pero yo hace mucho que no lo veo.

Las tabernas y churrerías no son lo que eran,
y lo más parecido a las posadas llenas de extremeños
son los centros de acogida.

Nos despedimos al llegar al final de la calle.
Tú te marchas, otros ramones te esperan en el Pombo.
Y yo continúo mi viaje entre el empedrado de Madrid,
desde tus palabras.

